

# De repente, los restos de Ricardo III

Un equipo de la Universidad de Leicester confirma que un esqueleto hallado el pasado verano son los del monarca "más allá de la duda razonable"

P. TUBELLA / T. KOCH  
Londres / Madrid

Todos los días, durante décadas, los habitantes del centro de Leicester aparcaban su coche encima de Ricardo III. Con lo susceptible que era el soberano, quizá los habría ahorcado por el poco respeto mostrado. O encerrado en una torre y asesinado, como hizo con sus sobrinos, herederos legítimos del trono con el que él se hizo. A rescatar al rey —más bien, a sus restos— de un entierro tan humillante acudió en agosto un equipo de arqueólogos de la Universidad de Leicester.

A fuerza de estudiar mapas y documentos, los expertos concluyeron que la tumba de Ricardo III, perdida entre las brumas del olvido y las leyendas, debía de hallarse bajo un parking, en el centro de la ciudad. Y, en efecto, al excavar en la X se encontraron con un esqueleto. Y no uno cualquiera. "Tenía daños en la calavera, que sugerían que podía haber muerto en batalla, y curvaturas de la espina dorsal que revelaban escoliosis. Coincidió con la historia", relata Richard Buckley, director del departamento de arqueología de la universidad y uno de los responsables de la excavación. El propio Buckley, cuatro meses y muchos análisis después, puso ayer, en una rueda de prensa, el punto final a la caza: "Los restos son de Ricardo III más allá de toda duda razonable".

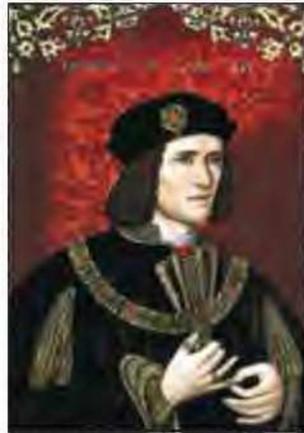
De respaldar el veredicto se encargó, durante una hora, un desfile de expertos y de diapositivas. De la datación de radiocarbono, que establece con un margen de entre 80 y 100 años la fecha del entierro, al análisis forense de los huesos, que concluyó que era un hombre en torno a los 30 años [Ricardo III tenía 32], las pruebas llegaron hasta la comparación entre el ADN del esqueleto y el de Michael Ibsen, descendiente de Ana de York, hermana del soberano.

Ricardo III, al que Shakespeare inmortalizó en su condición de jorobado y como un villano ambicioso y cruel, solo ocupó el

trono de Inglaterra entre 1483 y 1485. Aunque no perdió el tiempo: en ese bienio mató a sus familiares y combatió la gran batalla de Bosworth, que lo enfrentó a Enrique Tudor. Por decisión de este fue enterrado sin pompa alguna en la iglesia de Greyfriars (en el actual centro de Leicester) y la propaganda de la dinastía Tudor quiso que fuera olvidado.

Pero... ¿cómo pudo un tipo tan famoso acabar sepultado entre coches? Obviamente, el parking no siempre fue tal. En esa zona, hasta el siglo XVII, se alzó la citada iglesia, bajo cuyo coro las crónicas de la época sostenían que había sido enterrado el soberano. También lo creía Philippa Langley, presidenta de la sociedad Ricardo III y principal impulsora de la búsqueda. "El proyecto arrancó hace dos años, gracias a ella. Estaba convencida de que el cadáver seguía en Greyfriars", detalla Buckley.

Lo primero fue hallar... Gre-



Retrato de Ricardo III del siglo XVI. / NATIONAL PORTRAIT GALLERY

yfriars. Una vez encontrado el sitio, sobre todo gracias a un mapa de 1741 (y a los patrocinadores), en agosto de 2012 se empezó a buscar al rey. Con las primeras dos zanjas, Buckley y sus compañeros encontraron los restos de un pórtico y de una

sala capitular. Y, con ellos, una suerte de brújula: "La sala capitular suele estar en el lado este del claustro. Y la iglesia tenía que estar al norte de este último". Así que, tirando de zanja, los expertos llegaron hasta donde creían que se ubicaba el coro.

Uno de los aspectos más curiosos y casi increíbles de la investigación tiene como protagonista a un carpintero canadiense con residencia en el Reino Unido desde hace cinco lustros. Michael Ibsen, de 55 años, pertenece a la decimoséptima generación de descendientes de Ana de York, la hermana del rey Ricardo. Y su ADN, aseguran los expertos de la Universidad de Leicester, corresponde al extraído de los huesos que fueron hallados bajo el pavimento de cemento del parking de la ciudad.

El sorprendente descubrimiento constituye una fabulosa plataforma publicitaria para esta población de 330.000 habitantes, con una fisonomía poco

atractiva aunque dotada de una intensa vida cultural, y en cuya catedral serán enterrados los restos del rey, tal como se apresó a anunciar el alcalde, sir Peter Soulsby.

El rigor científico y un fabuloso aparato publicitario se dan la mano en una historia que ha convertido a la ciudad en centro de atención nacional. A partir del viernes, una exposición temporal en la catedral de la ciudad relatará a los visitantes la vida y muerte del monarca, a la espera de la inauguración de un centro permanente el próximo año. Retratado por los mejores actores shakespearianos como un ser brutal que no dudó en asesinar

Se comparó el ADN del esqueleto con el de un descendiente de Ana York

a quien se interpusiera en su camino al trono, aquel que en la obra del Bardo se queda solo en el campo de batalla y clama "Un caballo, un caballo, ¡Mi reino por un caballo!", va a ser finalmente sepultado con todos los honores.



El esqueleto del rey Ricardo III encontrado en una excavación a cargo de los arqueólogos de la Universidad de Leicester. / REUTERS

## Lo que podría ser o no ser

JOSÉ A. LORENTE ACOSTA

El anuncio por parte de investigadores de la Universidad de Leicester que confirma que los restos recientemente hallados corresponden a Ricardo III constituye un ejemplo más de cómo la ciencia aplicada (en este caso la antropología y la genética forense) son un complemento imprescindible en la resolución de enigmas históricos.

La historia como ciencia, con sus fuentes de conocimiento y sus métodos, necesita a menudo del apoyo de las ciencias aplicadas, desde las dataciones con el conocido carbono-14 hasta el ADN, del mismo modo que la medicina, aunque ciencia bio-

lógica, necesita del apoyo de técnicas físicas de imagen o de medicina nuclear.

Frente a aquellos que pueden creer que la historia está bien como está y que todo lo escrito es verdad histórica, las nuevas técnicas y los nuevos datos no dejan de poner en duda algunas de las afirmaciones que durante siglos han sido aceptadas como verdades absolutas.

En mi experiencia personal, el simple hecho de profundizar en la identificación de personajes históricos con equipos multidisciplinarios coordinados por historiadores (como los casos de Doña Blanca de Navarra, el Príncipe de Viana, Cristóbal Colón...) pone de manifiesto que, lejos de la "verdad histórica oficial", pueden subya-

cer enigmas donde sólo las ciencias experimentales aportan datos fehacientes y creíbles.

El equilibrio y la lógica de las investigaciones la deben marcar los historiadores.

El equilibrio y la lógica de las investigaciones la deben marcar los historiadores

No soy ni puedo ser partidario de la revisión sistemática de todo lo que conoce-

mos y aceptamos como verdades históricas, a no ser que los historiadores lo reclamen. Y no lo soy, entre otras cosas, porque la ciencia tiene sus limitaciones, porque no siempre el ADN, la antropología o la toxicología van a resolver el misterio que en la mente de algunos se pudiera plantear.

Mientras tanto, y a la espera por mi parte de leer los trabajos y metodologías científicas empleadas, los hallazgos sobre Ricardo III no dejan de ser un apasionante ejemplo más de cómo el conocimiento humano bien coordinado puede aportar datos objetivos a lo que de otro modo serían estériles discusiones teóricas sobre lo que podría ser o no ser.

José A. Lorente Acosta es catedrático de Medicina Legal de la Universidad de Granada y Director de GENYO.